www.sumadeletras.com

Capítulo

1

Supe que mi hermano se transformaría en pantera ante
que lo hiciera. Nos dirigíamos en coche a la remota al
Hotshot, yo sentada al volante y mi hermano contempla
ilencio la puesta de sol. Jason se había vestido con ropa v
abía metido en una bolsa de plástico del Wal-Mart las po
as que necesitaría: un cepillo de dientes y ropa interior lim
aba acurrucado en el interior de su voluminosa chaqueta
uflaje, con la mirada al frente. La tensión de su rostro era
ejo del control que ejercía sobre su miedo y su excitac

—¿Llevas el móvil en el bolsillo? —le pregunté, aun
ndo que ya se lo había preguntado. Pero Jason movió a
ivamente la cabeza en lugar de mirarme con mala cara.
avía primera hora de la tarde, aunque a finales de enero
ece temprano.

Aquella noche sería la primera de luna llena del año

Cuando detuve el coche, Jason se volvió para mira
ncluso en la penumbra, vi el cambio que se había pro
o en sus ojos. Ya no eran azules como los míos. Eran a
entos. Y también había cambiado su forma.

—Me noto rara la cara —dijo. Pero aún no había at
os del todo.

La pequeña aldea de Hotshot estaba sumida en el sil
y en la penumbra. Sobre los campos desnudos soplaba
nto frío y los pinos y los robles se estremecían a mer
as oleadas de aire gélido. Sólo se veía a un hombre. Est
to a una de las casitas, la que estaba recién pintada. Lle
barba, tenía los ojos cerrados y levantaba el rostro ha
cielo que empezaba a oscurecerse. Calvin Norris espe
Jason abriera la puerta del pasajero de mi viejo Nova
cercarse e inclinarse junto a mi ventanilla. La bajé.

Sus ojos verdes y dorados brillaban más que nunca
o de su cuerpo no mostraba nada extraordinario. Baj
oso, fornido, tenía el mismo aspecto que cualquier ho
que desfilara por el Merlotte's, excepto por los ojos.

—Le cuidaré —dijo Calvin Norris. Jason se había
ado detrás de él, dándome la espalda. El aire que rode
i hermano era peculiar, como si vibrara.

Nada de todo aquello era culpa de Calvin. No había
él quien había mordido a mi hermano y lo había cambi
a siempre. Calvin, un hombre pantera, había nacido
su naturaleza. Me obligué a decir:

—Gracias.

—Por la mañana lo devolveré a casa.

—Mejor a mi casa, por favor. Su camioneta está allí

—De acuerdo entonces. Buenas noches. —Volvió a lev
a cara y tuve la sensación de que toda la comunidad esp
detrás de las ventanas y las puertas a que yo me marchara

Así que eso fue lo que hice.

on llamó a mi puerta a las siete de la mañana siguiente.
a con su bolsita del Wal-Mart, pero no había utilizado
tenido. Tenía algún golpe en la cara y arañazos en las

. No dijo ni una palabra. Se quedó mirándome cuand
gunté cómo estaba y cruzó el vestíbulo dejándome a un
Cerró con determinación la puerta del baño de la entra
ado un instante, oí correr el agua y suspiré de agotamie
a mis adentros. Aunque había ido a trabajar y había vu
sada a casa hacia las dos de la mañana, apenas había log
conciliar el sueño.

Cuando Jason salió de la ducha, yo ya le tenía prepa
un par de huevos con beicon. Se sentó en la vieja mesa
ocina con aspecto satisfecho, el de un hombre que ha
o que le resultaba familiar y agradable. Pero después de
undo de quedarse con la mirada fija en el plato, se leva
epente, corrió de nuevo hacia el baño y cerró la puerta
puntapié. Lo oí vomitar, una y otra vez.

Permanecí junto a la puerta sin poder hacer nada, co
nte de que él no quería que entrara. Pasado un momen
resé a la cocina para tirar la comida a la basura, averg
a de aquel desperdicio pero incapaz de comérmela.

Jason volvió y lo único que dijo fue: «¿Café?». Tenía m
a cara y caminaba como si le doliese todo el cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, no muy seg
si podría responderme. Le serví café en una taza.

—Sí —dijo, pasado un instante, como si hubiera ten
pensárselo—. Ha sido la experiencia más increíble de
a.

Por un segundo pensé que se refería a lo de haber e
vomitando en el baño, aunque aquélla no era una ex
ncia nueva para Jason. De adolescente había bebido muc
ta que descubrió que pasarse el día devolviendo hast
mera papilla no resultaba en absoluto encantador ni atr
o.

—¿Lo de transformarse? —pregunté tentativament

Asintió, cogiendo la taza de café con las dos manos.
la cara sobre el vapor que ascendía de aquella negrura
y potente. Me miró a los ojos. Volvía a tenerlos de
or azul habitual.

—Es un arrebato increíble —dijo—. Pero como lo
través de mordeduras, y no por haber nacido así, no
vierto en una pantera auténtica como los demás.

Noté cierto matiz de envidia en su voz.

—Aun así, es asombroso. Sientes la magia en tu inter
otas que los huesos se mueven, que se adaptan, y qu
ón te cambia. Después te sientes más cerca del suelo
hinas de un modo completamente distinto, y en cua
orrer…, eso sí que es correr. Puedes perseguir… —Y
no dijo nada más.

Nunca me enteraría de esa parte, de todos modos.

—Entonces, ¿no estuvo tan mal? —pregunté, juntan
manos. Jason era toda la familia que yo tenía, exceptu
una prima que hacía años que andaba metida en el mundo
drogas.

—No está tan mal —confirmó Jason, consiguiendo
arme una sonrisa—. Mientras eres animal es estupen
lo es muy sencillo. Es cuando vuelves a ser humano cu
empiezas a preocuparte.

No tenía ganas de suicidarse. Ni siquiera estaba desa
do. No me di cuenta de que llevaba un rato contenien
espiración hasta que la solté. Jason podría vivir con lo
abía caído del cielo. Lo llevaría bien.

La sensación de alivio fue increíble, como si me hul
quitado algo que tenía entre los dientes y me causaba
n dolor, o como si me hubiese sacado una piedra de un
o. Llevaba días preocupada, semanas incluso, y ahor
iedad había desaparecido. Eso no significaba que la

ason como cambiante fuera a estar libre de preocupac
, al menos desde mi punto de vista. Si se casaba con
jer normal y corriente, sus hijos serían normales. Per
acía con alguien de la comunidad de Hotshot, yo tenc
rinitos y sobrinitas que se transformarían en animales
al mes. Lo único bueno es que no lo harían hasta alcan
ubertad, lo que les daría a ellos y a su tía Sook cierto ti
para hacerse a la idea.

Por suerte para Jason, tenía muchos días libres y hoy
ocaba ir a trabajar al departamento de la carretera lo
o yo sí tenía que trabajar esa noche. De modo que en cu
ason desapareció a bordo de su llamativa camioneta,
í en la cama, con vaqueros y todo, y caí dormida a los
minutos. La sensación de alivio actuó como un sedant

Cuando me desperté, eran casi las tres de la tarde y te
prepararme para ir a cumplir mi turno en el Merlot
cía el sol y mi termómetro de interior y exterior anun
que estábamos a once grados, algo bastante normal
siana a mediados de enero. Pero, en cuanto bajara el
temperatura descendería y Jason se transformaría. Al
tendría algo de pelo que lo cubriese —no un abrigo co
to, pues se convertía en medio hombre, medio felino-
ría en compañía de otras panteras. Irían de caza. Los b
s de los alrededores de Hotshot, en un rincón remoto
dado de Renard, volverían a ser un lugar peligroso
he.

Mientras comía, me duchaba y doblaba la colada,
é a pensar en un montón de cosas que me gustaría sa
pregunté si los cambiantes serían capaces de matar a
humano en el caso de tropezarse con él en el bosque.
gunté hasta qué punto conservaban la conciencia hum
ndo estaban en forma animal. ¿Y si se apareaban en for

pantera? ¿Tendrían un cachorrito o un bebé? ¿Qué suc
ndo una mujer pantera embarazada veía la luna llena?
gunté si Jason sabría ya la respuesta a mis pregunta
vin le habría dado algún tipo de información.

Me alegraba, no obstante, de no haber interrogado a
por la mañana, mientras todo era aún tan nuevo para
dría muchas oportunidades para preguntárselo más a
te.

Por primera vez desde Nochevieja, estaba pensando
uturo. El símbolo de la luna llena en mi calendario ya
parecía un periodo que señalaba el fin de algo, sino s
mente otra manera de contar el tiempo. Y mientras me
con mi uniforme de camarera (pantalones negros, cami
nca de cuello barco y Reeboks negras), casi me echo a
no una tonta. Por una vez, me dejé el pelo suelto en lu
recogérmelo en una cola de caballo. Me puse los pendi
de botón de color rojo y me pinté los labios a juego.
o de maquillaje en los ojos y colorete, y lista para ir

La noche anterior había aparcado detrás de la casa.
de cerrar la puerta a mis espaldas, inspeccioné bien el p
trasero para asegurarme de que no había vampiros
Aún no había oscurecido del todo, pero siempre po
er algún madrugador. Seguramente lo último que poc
erarse los japoneses cuando inventaron la sangre sinté
que su disponibilidad serviría para sacar a los vampi
reino de la leyenda y adentrarlos en la luz de los hech
único que pretendían los japoneses era hacer negocio
ndo el sustituto de la sangre a empresas de ambulanci
rvicios de urgencias hospitalarias. Pero, desde su aparic
el mercado, el mundo había cambiado para siempre.

Hablando de vampiros (aunque sólo para mis adentr
pregunté si Bill Compton estaría en casa. El vampiro

ía sido mi primer amor, y vivía justo al otro lado del
nterio desde mi casa. A nuestras viviendas se llegaba a
de una carretera local que salía de la pequeña ciudad
n Temps por el sur, justo donde estaba el bar donde
bajaba. Últimamente, Bill había estado viajando muc
o me enteraba de que estaba por aquí si por casualidad
aba por el Merlotte's, algo que hacía de vez en cuando
nezclarse con la gente del lugar y beber un poco de c
itivo caliente. La marca que más le gustaba era TrueBlo
angre sintética japonesa más cara. Me había contado
satisfacía prácticamente todos sus deseos de beberla d
dadera fuente. Había visto a Bill sufriendo una crisis
esidad de sangre y daba gracias a Dios por la existencia
eBlood. A veces, echaba muchísimo de menos a Bill.

Me aticé una sacudida mental. Acababa de salir de
is, debería estar contenta. ¡Se acabaron las preocupacion
acabaron los miedos! ¡Libre y con veintiséis años! ¡C
bajo! ¡Con la casa pagada! ¡Con dinero en el banco! To
n cosas buenas y positivas.

Cuando llegué al bar, el aparcamiento estaba lleno.
una noche ajetreada. Me dirigí hacia la parte trasera, d
dejábamos nuestros vehículos los empleados. Sam M
e, el propietario del local y mi jefe, vivía allí detrás en
ocaravana muy bonita que tenía incluso su jardincito
do con un pequeño seto, el equivalente para Sam a la
a valla blanca. Cerré el coche y me dirigí a la entrada
sonal, que se abría a un pasillo donde estaban los ba
señoras y caballeros, un gran almacén y el despacho
n. Dejé el bolso y la chaqueta en un cajón vacío del es
o, tiré hacia arriba de mis calcetines rojos, moví la cab
a que el pelo me quedara bien y crucé la puerta (una pu
ue casi siempre estaba abierta) que daba a la sala del b

aurante. En realidad, en la cocina se preparaban sólo
básicas: hamburguesas, pechugas de pollo, patatas fri
s de cebolla, ensaladas en verano y chili con carne en
rno.

Sam se ocupaba de la barra, hacía las veces de gori
uso de cocinero de vez en cuando, aunque últimame
ía tenido que buscar a alguien que ocupara este pue
alergias estacionales le habían dado fuerte este año y é
el más indicado para manipular alimentos. La nueva
era había respondido al anuncio que Sam había public
ía sólo una semana. En el Merlotte's los cocineros no
an mucho, pero esperaba que Sweetie Des Arts aguan
poco más. Llegaba puntual, se defendía bien en su trab
unca daba ningún problema. ¿Qué más podía pedir
estro último cocinero, un chico, había dado a mi am
ene un enorme rayo de esperanza y le había hecho c
era «Él» —en este caso, debía de ser su cuarto o qui
»— antes de esfumarse con su vajilla, su cubertería y
roductor de CD. Los hijos de Arlene se habían qued
trozados, no porque echaran de menos al tipo, sino p
les encantaba su reproductor de CD.

Traspasé un muro de ruido y humo de cigarrillos y t
ensación de entrar en otro universo. Los fumadores o
el lado oeste de la sala, pero el humo no parece entera
que tiene que quedarse allí. Dibujé una sonrisa en mi c
asé detrás de la barra para darle a Sam un golpecito c
o en el brazo. Después de llenar con maestría una jarra
veza y servírsela a un cliente, puso otra bajo el grifo a p
n y repitió el proceso.

—¿Qué tal va todo? —me preguntó Sam con cierta c
. Conocía a la perfección los problemas de Jason, p
ba conmigo la noche en que encontramos a Jason pris

o en un cobertizo de Hotshot. Pero teníamos que hal
indirectas; los vampiros habían salido a la luz públ
o los cambiantes y los hombres lobo seguían encerra
el secretismo. El mundo clandestino de los seres sobre
ales estaba a la espera de ver qué tal les iba a los vampi
es de decidirse a salir también a escena.

—Mejor de lo que me esperaba. —Le dirigí una son
necesidad de levantar mucho la cabeza, pues Sam no es
mbre alto. Es delgado, pero mucho más fuerte de lo
ece. Sam habrá cumplido ya los treinta, o eso creo, y
ello, de un dorado rojizo, forma una especie de aure
ededor de su cabeza. Es un buen hombre, y un jefe es
do. También es un cambiante, y puede transformarse
lquier animal. Habitualmente, Sam se transforma en
ie precioso de magnífico pelaje. A veces se acerca a mi
y le dejo que duerma en la alfombra de la sala de estar
rá bien.

—Me alegro —dijo. No puedo leer la mente de los ca
ntes con la misma facilidad que leo las de los human
o sí puedo adivinar si son o no sinceros. Sam se sentía
porque yo también lo estaba.

—¿Cuándo te vas? —le pregunté. Tenía esa mirada p
a, esa mirada que decía que ya estaba mentalmente corr
por los bosques, siguiéndole la pista a alguna comadre

—En cuanto llegue Terry. —Volvió a sonreírme, p
vez fue una sonrisa un poco tensa. Sam empezaba a s
e inquieto.

La puerta que daba a la cocina estaba justo al final d
ra, en el lado oeste, y asomé la cabeza para decirle ho
eetie. Era huesuda, tenía el pelo castaño y andaría por
renta. La verdad es que iba siempre muy maquillada p
er que pasarse toda la noche encerrada en la cocina. Pa